

## DESDE LA UNIDAD TROYANA HACIA LA INTERPRETACIÓN DE LA DIFERENCIA EN ROMA

MARÍA ESTANISLADA SUSTERSIC<sup>1</sup>

**RESUMEN:** Troya se conforma como un absoluto. Absorber en la unidad los atributos divinos es la meta del rey. Roma, en cambio, es el llamado para encontrar la unidad en la diferenciación. Al encontrarse con otros pueblos, el hombre ahonda su inscripción en lo humano. Interpretar y traducir implicará entonces reconocer al otro. La diferencia que aparta se va transfigurando en la interpretación que aproxima y vincula.

**Palabras clave:** unidad, diversidad, absoluto, humano.

**ABSTRACT:** Troy is formed as an absolute. The objective of the King is to absorb divine attributes in order to achieve their total unity. Rome, on the other hand, is called to find their unity in a differentiation. When a man meets other peoples, he goes deep into the human. To interpret and translate them implicates the recognizing of the other. The difference which divides, disappears, changing itself by the interpretation, and approaches and links.

**Keywords:** unity, diversity, absolute, human.

En los trabajos de filología, como en la crítica literaria en general, creo que el objetivo primordial está en la realidad misma. No interesa Cicerón ni Virgilio sino la cuestión misma. La apelación cultural a la Antigüedad carece de importancia, sino el hacernos partícipes de realidades, verdades, cuestiones ya pensadas a las que el tiempo no restó vigencia o interesarnos en ellas para que no pierdan su fecundidad en nuestra vida. Justamente en la compa-

---

<sup>1</sup> UNLP. E-mail: sustersicmaria@gmail.com

Fecha de recepción: 2/4/2014; fecha de aceptación: 29/4/2014

ración entre Troya y Roma me sorprendió la actualidad del tema y su vinculación con la cuestión de la traducción.

Tanto Troya como Roma tuvieron sus murallas, sin embargo se diferencian claramente. Los troyanos decidieron, en la fundación de su ciudad, establecer el triunfo de su voluntad concentradora. Eneas, en cambio, buscó la heteronomía en Italia. Ambas ciudades tuvieron sus murallas y cada una de ellas representa conformaciones políticas de cierre y apertura. Troya limita a la ciudad dentro de la muralla mientras que Roma extiende la ciudad más allá de sus murallas.

La muralla no sólo es el *dintorno* del *afuera* sino, sobre todo, el *contorno* del *adentro*. Su dinamismo no es únicamente *centrífugo*, de repulsión de lo exterior, sino también *centrípeto*, de recolección de lo exterior. No tiene sólo como función rechazar al enemigo extranjero sino también, y sobre todo, reunir a los aliados exteriores. Troya y Roma representan ambas actitudes, correspondientes al cierre y a la apertura. Rutilio Namaciano dice: «Urbem fecisti quod prius orbis erat» (*De reditu suo*, lib. I. 19, 19). Con Roma, en efecto, el *orbe* se transforma en *urbe*<sup>2</sup>. Podríamos decir que en Troya el límite opera fundamentalmente como *determinación*, mientras que en Roma el límite es *disposición*<sup>3</sup>. Troya es la ciudad *en sí*; Roma es la ciudad como *lo otro de sí*.

<sup>2</sup> Varron, por ejemplo, en su *De lingua latina* V, 127, 135, deriva «urbs» de «orbis». La ciudad, en efecto, reproduce el orden cósmico. Esto representaba un verdadero tópico para los romanos.

<sup>3</sup> Del latín *determinatō*, **determinación** es la **acción y efecto de determinar** (tomar una **resolución**, fijar los términos de algo). Es una disposición con el mundo, con nuestro mundo. Establecimiento de los límites de una cosa: *determinación de fronteras*. La **Disposición** (*Diátesis*) es el orden de lo que tiene partes, o con relación al lugar, o con relación a la potencia, o con relación a la forma. Es preciso, en efecto, que haya en este caso cierta posición, como lo indica el nombre mismo: disposición (Aristóteles, *Metafísica*, libro V, 19.) Capacidad de disponer de una cosa o poder hacer uso de ella: Ordenación de algo de la forma conveniente para lograr un fin. Cf. E. Bourdieu, *Savoir Faire. Contributions à une théorie dispositionnelle de l'action*, Paris, Seuil, 1998, p. 58. Hegel en la edición de 1812 de la *doctrina del Ser*, a propósito de la categoría de realidad (*Realität*), distingue en el límite o *determineidad* (*Bestimmtheit*) dos lados: la *determinación* (*Bestimmung*) o ser-en-sí y *disposición* (*Beschaffenheit*) o ser-para-otro (D.W.F. HEGEL, *Wissenschaft der Logik, Erster Band: Die objektive Logik*, . Erstes Buch: Die Lehre vom Sein [1812], Gesammelte Werke XI, Felix Meiner, Hamburg, 1978, pp. 67 y 69-71).

En la construcción de la muralla de Troya está también la causa de su ruina<sup>4</sup>. La realeza troyana es desde el inicio corrupta, impía. Laomedonte, rey de Troya que mandó construir las murallas, es el *fraudulentus dux*<sup>5</sup> porque engañó a Poseidón y a Apolo, que le permitió apacentar sus rebaños en el monte Ida: *destituit deos mercede pacta*<sup>6</sup>. La casa de su hijo Príamo es *domus periura Priami*<sup>7</sup> por el falso juramento del padre y por la inmoralidad del mismo Príamo y sus hijos. Paris es el *fatalis incestusque iudex*<sup>8</sup> porque se dejó comprar por Afrodita. La construcción de la muralla de Troya fue el castigo de Poseidón porque junto a Hera y Atenea quiso encadenar a Zeus.<sup>9</sup> Es claro que Troya cae por sus propias culpas y está condenada porque se ganó el castigo de los dioses<sup>10</sup>.

Si comparamos la fundación de Troya con la de Roma, podemos decir que los troyanos decidieron establecer una ciudad que consignaba el triunfo de su voluntad concentradora, habitar un sitio exclusivo. Troya representa la obstinación de un rey que no busca la reciprocidad sino acceder a la ciudad, pretendiendo hacer de ella materia de posesión, contra la divinidad. Así, la unidad del pueblo afincado en un lugar único se conforma como un absoluto. Se trata de una idealizada identidad reacia a toda diferencia. Absorber en esta unidad los atributos divinos es la meta de la ciudad. Así, se pone fin a la distinción entre el habitante del cielo y la tierra. Para que el hombre indistinto y abroquelado en la homogeneidad se confunda finalmente con Dios. La divinidad tratará de ser oída y discernida como otra que interpela al hombre. A ese hombre que ha clausurado su corazón a la heteronomía. Por eso cae Troya.

<sup>4</sup>Feeney, D. "Reconciliation of Juno", *Classical Quarterly* 34, 1984: 179-94,185.

<sup>5</sup>Horacio, *Oda* 3,3. El mismo año en el que a Octaviano le dieron el nombre de Augusto, Horacio escribió una de las *odas romanas*, la *oda* 3,3. El núcleo central de la *oda* es el discurso de Juno sobre la apoteosis de Rómulo.

<sup>6</sup>Horacio, *Oda* 3,3.

<sup>7</sup>Horacio, *Oda* 3,3.

<sup>8</sup>Horacio, *Oda* 3,3.

<sup>9</sup>Homero, *Ilíada*, 1.396-406

<sup>10</sup>Nisbet, R. G. and Rudd ven el motivo para la ira de las diosas en el juicio de Paris (*Commentary on Horace, Odes Book III*, Oxford: Oxford University Press, 2004,44-45).

Pero lo que definía a la antigua Roma no era su muralla.<sup>11</sup> La muralla no era un elemento constituyente suyo. Las primeras (las denominadas anacrónicamente servianas) se erigieron como defensas frente a la invasión de los galos del año 386 a. C. Lo que caracterizaba propiamente a Roma era el límite *sin muralla* denominado *pomoerium*. El *pomoerium* era una franja de terreno, señalada por unos mojones (los *cippi pomoerii*), que separaba el territorio de la *urbs* (dominio de los ciudadanos) del *ager* (dominio de agricultores y soldados). Tan marcado estaba este límite que, antes de franquearlo, los magistrados con *imperium militiae* debían deponer éste dejando sus tropas extramuros de la ciudad, en el campo de Marte (Marte, el dios de la guerra, junto con otros dioses cuya influencia era considerada peligrosa para la comunidad, como Vulcano, dios del fuego o Venus, diosa de la lujuria, recibían culto fuera del *pomoerium*). Tampoco la cremación ni la inhumación de cadáveres estaba permitida en el interior sagrado del recinto *urbano*.<sup>12</sup> Lo relevante para nosotros, lo que muestra la vocación de trascenderse de ese contorno mágico que fue el *pomoerium*, es la relación entre éste y el *limes* o, dicho de otro modo, entre la ciudad y el imperio. Según Aulo Gelio, el derecho (*ius*) de ampliar el *pomoerium* era potestad de quien había ampliado el *ager* romano capturándolo al enemigo.<sup>13</sup> La ampliación centrífuga del espacio militar (*ager*) conllevaba la ampliación *correlativa* del espacio civil (*urbs*). El *pomoerium* resulta ser así un eco, un reflejo del *limes*. Por eso Roma no tiene murallas: porque no mira hacia su interior sino hacia fuera. No es *determinación*, es *disposición*. Roma no da la espalda al mundo: Roma aspira a *ser* el mundo.

Al encerrarse en un lugar excluyente el hombre también excluye a la divinidad, no sólo con el atropello sino también con la igualación. Los troyanos traicionan a los dioses y al mismo tiempo desconocen los avisos divinos, avisos de Laocoonte y Casandra. A la divinidad se opone el hombre en-

---

<sup>11</sup> Cf. J. RYKWERT, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en Roma, Italia y el mundo antiguo*, cap. IV, nota 134, Sígueme, Salamanca, 2002, 110-111.

<sup>12</sup> Cf. Plutarco, *Vida de Romulo* XI, 2, III.

<sup>13</sup> Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, XIII, 14. Véase también en el mismo sentido: TACITO, *Ann.* XII, 23. La lista de ampliaciones del *pomoerium* se puede consultar, por ejemplo, en J. Rykwert, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en Roma, Italia y el mundo antiguo*, 2002, 257.

cerrado entre murallas excluyentes, el hombre sin atributos personales, global y uniforme. Esto es el ejemplo del sopor que se adueña del espíritu cuando el hombre abdica de su complejidad. De ella depende el entendimiento de los hechos.

La caída del Hombre, en la ortodoxia cristiana, con el pecado original y el paso de la dignidad a la miseria se expresaba en el mito de Babel, es decir con la caída del lenguaje<sup>14</sup>. Así podemos establecer un paralelo entre Troya y la torre de Babel que resalta la obstinación del hombre que no se resigna a su naturaleza humana.

Fijar residencia en un lugar absoluto o excluyente quiere decir que no existe otro lugar o es tan superior a otros que los anula. Aquellos que se instalan en un sitio único pretenden con esto lograr la perfección. El hombre presume que puede excluir a los demás de su lugar de excelencia. Además, la homogeneidad de los hombres indiferenciados en este lugar único, exclusivo y excluyente niega toda heterogeneidad, incluso la divina. El hombre que borra la diferencia con sus iguales incluye finalmente a Dios en esta homogeneidad. Así el hombre homogéneo borra los límites en el espacio entre el cielo y la tierra y borra también la diferencia entre el hombre y Dios, absorbiéndolo en esta homogeneidad. Júpiter ya no sería garante del *fatum* porque será humillado e igualado al hombre. Cuando el hombre desconoce a la divinidad, pretende arrogarse, en un pie de igualdad, los atributos de los dioses y sobreviene la profanación. La imposibilidad de discernimiento entre el nombre y la cosa se impone en la unidad absoluta.<sup>15</sup> Un primer paso en esa dirección encuentra respaldo en la proliferación del hombre acrítico.

---

<sup>14</sup> Cave, T., "La cornucopia y el mito de Babel", *Insula*, "Miseria y Dignidad del Hombre en el Renacimiento", n° 674, Madrid, febrero de 2003, pp. 28-31, 28.

<sup>15</sup> En esto es ejemplificador el *Cratilo* de Platón:

Sócrates: Es preciso que lo que llamamos imagen no sea capaz de reproducir el modelo entero; sólo así ella podrá ser efectivamente, su imagen. (Platón, *Cratilo*, 432b)

Sócrates: ¡Bueno sería, Cratilo, si los nombres y las cosas que ellos designan coincidieran absolutamente! Todo se haría doble sobre la marcha y entonces ya no sería posible decir: ésta es la cosa y éste es el nombre. (Platón, *Cratilo*, 432d)

Cuando Dios confunde las lenguas (*Génesis*, 11.7), de la incompreensión de la lengua de cada uno por parte de los demás no resulta solamente el cese de la construcción de la torre sino la revelación del otro como otro. Así se termina con los hombres indiferenciados y comienza a regir la diferencia. Queda así quebrada traumáticamente la uniformidad. La multiplicación de idiomas llama al hombre, necesariamente, a la comprensión del otro como otro. A esto se subordinará enteramente el regreso de la conciencia de Dios. Se desploma la soberbia de la lengua única que no admitía lo diferente. Con la caída de la torre nace la alteridad. Antes reinaba la uniformidad omnipotente entre los hombres anónimos. Dios ha impuesto la distinción entre los hombres y entre el cielo y la tierra. Ahora los hombres deben traducir y desentrañar para entenderse entre sí. La verdadera proximidad se dará entre distintos. La catástrofe obligó a los hombres volverse hacia los dioses en busca de ayuda. Podemos recordar a Eneas, distinguido por su piedad, después de la caída de la soberbia Troya sigue al *fatum* en sus frecuentes dudas o zozobras respecto al comportamiento o actitud a adoptar en momentos críticos del poema: la noche final de Troya, su romance con Dido, su enfrentamiento final con Turno.

En la heterogeneidad se impone la alteridad, la unidad de lo diverso. La *Eneida* detalla una extensa lista de etnias italianas, incluidos los etruscos, y pueblos de origen griego que habitan suelo italiano que no constituyen una unidad étnica y mucho menos política. Al encontrarse con otros pueblos, el hombre se hace más humano.<sup>16</sup> La convergencia entre los hombres se hará mediante –y no a expensas de– la variedad. Se abrió de este modo, como necesidad e ideal, la perspectiva de la auténtica convivencia, el camino posible e incierto hacia la concordia.

Babel –escribe Steiner– fue todo lo contrario de una maldición. El don de las lenguas es precisamente eso: un regalo y una bendición incalculables. La riqueza de la experiencia, la creatividad del pensamiento y del sentimiento, la penetrante y la delicada singularidad de la concepción hecha posible por la condición políglota, son el principal medio de adaptación y la principal ventaja del espíritu.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Cf. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid, 1988, 464.

<sup>17</sup> Steiner, G. *Errata*, Madrid, Siruela, 1998, p. 118.

Cicerón comparaba la concordia con la armonía musical que torna congruentes los sonidos diferentes en la unidad de la melodía. La república romana mantenía la unidad entre los latinos y los aliados, gracias al asentimiento de aquellos, que se reforzaba por la justicia, que era la forma que asumía esa unidad; podría perder su estabilidad si se instauraba un régimen de ilegitimidad, porque en tal caso quienes obedecían voluntariamente en un régimen de justicia sólo acatarían al poder por miedo en un estado de injusticia y violencia<sup>18</sup>.

El encuentro de las culturas será el objetivo más elevado y la complejidad más honda. En este encuentro de hombres en la alteridad y, a su vez, del hombre con la divinidad, se perfila el futuro de la humanidad como tal. Implicará reconocer al otro, llegar a la llamada cordial con que nos busca su diferencia. La traducción se va transfigurando en la interpretación que aproxima y vincula. Interpretar, traducir, es lo que el hombre soberbio se niega a recorrer.

Si el hombre es un producto social y cultural, como sostiene la concepción moderna, no posee una naturaleza, todos los proyectos se originan en el hombre mismo<sup>19</sup>. El hombre posmoderno y el idealista en general, negador de la realidad y lo propio, no sale de sí mismo. Su pasión no es referencial, está dentro de él: ama el placer o el estado afectivo que los demás le desencadenan. No busca el vínculo sino simplemente el poder o la posesión. La desontologización nos acerca a la nada: así aparece el nihilismo y la ausencia de fundamentos y de lo propio<sup>20</sup>. Aceptar la individualidad, es decir, aceptar una individualidad propia, irreductible a una red de puras relaciones, significa aceptarse como algo propio. El realismo es una metafísica del ser particular y el idealismo es una metafísica del ser genérico.

Los racionalismos, idealismos, existencialismos, positivismo y todas las ideologías de pensamiento autónomo son, por esencia, negadoras de la categoría de lo propio. Estas concepciones no admiten la existencia de lo otro y, por lo tanto, de las demás personas, pueblos, etc.

---

<sup>18</sup> Cf. Cicerón, *De re publica*, II, 42, 69.

<sup>19</sup> Cf. Lukacs, G., *Der Spiegel*, junio, 1970, p. 19.

<sup>20</sup> Cf. Baudrillard, J., *Sobre la seducción*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 9.

En las antípodas del pensamiento del ser genérico, negador de lo propio, con la correspondiente pobreza ontológica, está la idea de lo propio como plenitud. Cicerón propone la idea de lo propio como abundancia:

*Admodum autem tenenda sunt sua cuique, non vitiosa, sed tamen propria, quo facilius, decorum illud, quod quaerimus, retineatur. (De officiis 1, 110)*

(Ante todo cada uno debe tener lo suyo, no aquello que es vicioso sino lo que es propio, para conservar la dignidad que es el objeto de nuestras luchas.)

Hoy, en cambio, se propone la exaltación de la eficacia. Es lo que Jacques Lacan ha llamado “la correspondencia de todo con todo”.<sup>21</sup> Los hombres ya no se verán diferentes. Pero el resultado de esto no es la integración sino la disolución de las singularidades en una masa amorfa. Estamos ante una pérdida vivida como triunfo. Hoy nos gobierna un neototalitarismo uniformador y la búsqueda de la globalización. La diferencia es el enemigo. No hay lugar para la disonancia. Toda alteridad va en camino de ser repudiada. No es que todos pensamos lo mismo, todos debemos pensar lo mismo. Imponemos constantemente la idea del diálogo uniformador, pero el diálogo no se impone y no es uniformador.

En el marco de estas ideas idealistas que no admiten la idea de lo propio, la traducción sólo puede tener un fin utilitario. Además las lenguas tenderían a desaparecer y se impondría una única lengua. Esta lengua única revelaría a un hombre sin diferencias, sin valores que ofrecer. Cuando el hombre no tolera al otro como otro, tampoco valora la lengua del otro porque es, en realidad, la lengua de nadie. Después de uniformar a la humanidad, el hombre traería a este aglomerado sin distinciones a la misma divinidad y le quitaría su esencia. Podemos entrever, así, la inmensa riqueza que nos proporcionan las distintas lenguas con su cultura a la que accedemos por medio de la traducción.

---

<sup>21</sup> Lacan, Jaques. *El triunfo de la religión*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p.81.